

y 4); mas los animales destituidos de razon no son capaces de ser bienaventurados segun el mismo San Agustin (1. 83 Quæstion.): luego no tienen un último fin comun el hombre y los otros seres.

Conclusion. [1] *El último fin en el concepto de objeto es comun á todos los seres.* [2] *El último fin del hombre, en cuanto consiste en la consecucion de ese objeto, no lo es de las criaturas irracionales, ni mucho menos de las inferiores.*

Responderemos que, como espone Aristóteles (Met. 1. 5, t. 22), el fin tiene dos acepciones, á saber, *del cual (cujus) y por el cual (quo)*; ó más claro, aquello en que reside la razon de bien, y el uso ó logro de eso mismo: como si dijéramos, que el fin del movimiento de un cuerpo pesado es ó bien el lugar inferior, como objeto; ó bien el hecho de estar en tal sitio inferior, como uso: asimismo el fin del avaro es el dinero, como objeto, y tambien lo es la posesion del dinero, como

(1) Más bien debe entenderse intelectuales, para comprender á los ángeles, dotados de entendimiento, aunque no dis-

uso. Si pues se trata del último fin del hombre en cuanto al objeto mismo, en este sentido el último fin del hombre lo es igualmente de todos los demas seres; porque Dios es el último fin del hombre y de todo lo demas. Pero, si hablamos del último fin del hombre, refiriéndonos á la consecucion del fin, en el último fin del hombre así considerado no tienen participacion las criaturas irracionales: porque el hombre y las otras criaturas racionales (1) consiguen su último fin, conociendo y amando á Dios; lo cual no compete á las demas criaturas, que alcanzan su fin último en la participacion de alguna semejanza de Dios, segun que respectivamente son ó viven ó aun conocen.

Y con esto se hace ya por patente innecesaria la solucion á los argumentos objetados: puesto que la bienaventuranza importa en su propio nombre la consecucion del último fin.

cursivo como el del hombre: y no otro puede ser el sentido del texto, entendiéndose la palabra *racionales* en sentido lato.

CUESTION II.

De lo que constituye la beatitud ó bienaventuranza del hombre.

Tratarémos ahora de la beatitud. 1.º En qué consiste? 2.º Qué es? 3.º Cómo podemos conseguirla? — Lo primero se desarrolla en ocho artículos: 1.º Consiste la beatitud en las riquezas? — 2.º En los honores? — 3.º En la fama ó gloria? — 4.º En el poderío? — 5.º En algun bien corporal? — 6.º En el placer? — 7.º En algun bien del alma? — 8.º En algun bien creado?

ARTÍCULO I. — La beatitud del hombre consiste en las riquezas?

1.º Parece que la beatitud del hombre consiste en las riquezas. Siendo la beatitud el último fin del hombre, consiste en aquello que más predominio ejerce sobre el afecto del hombre: tales son propiamente (1) las riquezas; pues se dice (Eccl. 10, 19): *todo obedece al dinero*: luego en las riquezas consiste la beatitud del hombre.

2.º Segun Boecio (in 3 de consol. prosa 2) «la beatitud es un estado perfecto por la acumulacion (2) de todos los bienes»: en los tesoros parece se poseen todos los bienes; puesto que, como dice Aristóteles (Eth. 1. 5, c. 5; y Polit. 1. 1, c. 6 y 7), «la moneda se inventó, para que sirva de fiador (3) y garantía de obtener mediante ella cuanto el hombre quiera»: consiste pues en las riquezas la beatitud del hombre.

3.º El deseo del sumo bien jamas se estingue, por lo que parece infinito; esto se verifica sobre todo respecto de las riquezas, pues el avaro (Eccl. 5, 9) no se

hartará de dinero: por consiguiente en ellas consiste la beatitud.

Por el contrario: el bien del hombre consiste más bien en retener la beatitud que en gastarla; y dice Boecio (De consol. 1. 2, prosa 5) que «las riquezas lucen más y mejor gastándolas que amontonándolas, por cuanto la avaricia se acarréa el odio y la liberalidad ilustra á los espléndidos»: no está pues la beatitud en las riquezas (4).

Conclusion. *Es imposible que la beatitud del hombre consista en las riquezas.*

Responderémos, que es imposible que la beatitud del hombre consista en las riquezas. Hay dos clases de riquezas en sentir de Aristóteles (Polit. 1. 1, c. 6): naturales y artificiales. Naturales son aquellas, que provéen á la supresion de los defectos naturales: tales son la comida y la bebida, los vestidos, vehículos y viviendas y otras análogas. Artificiales aquellas, por cuyo medio no es socorrida la naturaleza, como los denarios; sino que el arte humano los ha escogitado, para facilitar el cambio, empleándolas como medida (5) de las cosas venales. Es evi-

(1) *Proprie*, y segun otros *præcipue* (principalmente).

(2) *Aggregatione*, aunque en el testo original se halla *congregatione*.

(3) Representacion ó signo del valor de cualquier objeto en las transacciones ó contratos, como en la compra y venta.

(4) Así las ediciones antiguas todas contestes entre sí y con los más conocidos y autorizados códices (inclusa la de Pádua de 1698); mas la de 1712 y con ella Nicolai anotan que falta este argumento en varios (*pluribus*) códices, los que en su lugar ponen este otro: *Prætere* (y no *Sed contra*, como parecia más verosímil), «la bienaventuranza debe ser un bien perfecto y suficiente, para saciar el deseo del hombre ó remover su indigencia; y tan firme y permanente que ni puede

serle arrebatado ni perderse. Pero, segun dice el mismo Boecio (De consol. 1. 3, prosa 3), en medio de abundantísimas riquezas perturba el ánimo alguna ansiedad, y se desea lo que no se tiene; mas el que desea, carece; y quien carece, no se basta á sí mismo completamente (*usquequaque*) ó en todos conceptos: por consiguiente las riquezas no pueden constituir á uno en nada indigente y satisfecho de sí mismo, y si pueden serle quitadas á su despecho ó perderse, siendo preciso por lo mismo resguardarlas para su conservación. Luego no puede decirse que la beatitud consiste en las riquezas».

(5) Algunos añaden *quædam* (cierta medida).

dente que la beatitud del hombre no puede cifrarse en las riquezas naturales: porque estas son buscadas, para sustentar la naturaleza del hombre, por lo cual no pueden ser último fin del hombre (1), sino que más bien se ordenan al hombre como á su fin: así que en el orden de la naturaleza todas estas cosas están por bajo del hombre, y han sido hechas por causa del hombre, segun aquello (Ps. 8, 8): *todas las cosas sujetastes debajo de sus pies* (2). Pues las artificiales no se procuran sino por las naturales; y no se buscarían, si con ellas no se adquiriese lo necesario para los usos de la vida: por lo que mucho menos tienen razon de último fin. *Es por lo tanto imposible que la beatitud, que es el último fin del hombre, esté en las riquezas.*

Al argumento 1.º dirémos que todas las cosas corporales obedecen al dinero en cuanto á la multitud de necios, que no reconocen otros bienes que los corporales, asequibles por dinero: mas el concepto acerca de los bienes humanos no se ha de tomar de los necios, sino de los sabios (3); así como el juicio sobre los sabores de los que tienen el gusto bien (4) formado.

Al 2.º que con dinero (5) puede lograrse todo lo venal; nada empero de lo espiritual, que no admite ser vendido: por eso se dice (Prov. 17, 16): *qué le aprovecha al necio tener riquezas, no pudiendo comprar sabiduría?*

Al 3.º que el apetito de riquezas naturales no es infinito, porque bastan á la naturaleza en determinada medida; y sí lo es el de las artificiales, por cuanto halaga á una concupiscencia inmoderada, que no se modifica, como se ve por Aristóteles (Polit. I. 1, c. 6). Mas el deseo de riquezas es infinito de diverso modo que el deseo del bien sumo (6): porque el supremo bien, cuanto más perfectamente se posee, tanto se ama más, y se desprecian los otros, en razon á que cuanto más se tiene, más se conoce; por lo cual dice

(1) En muchas ediciones y aun códices se omite la palabra *hominis*, tomada en otras (quizá las más) del código veneciano de San Juan y San Pablo.

(2) Aunque San Agustín y Casiodoro interpretan estas palabras respecto de Cristo, en conformidad con San Pablo (Hebr. 2, 6); Teodoro y San Juan Crisóstomo las aplican literalmente (y sin perjuicio de su sentido alegórico) al hombre en general.

(3) Aun entre los filósofos gentiles los más cuerdos elogiaron el desprecio de las riquezas. Así Séneca (epist. 18) dice

el Sabio (Eccli. 24, 29): *los que me comen, aún tendrán hambre*. Lo contrario sucede con el apetito de riquezas y de cualesquiera bienes temporales; los cuales, por lo mismo que ya se tienen, se desprecian (7) ellos y entran á ser codiciados otros, conforme á lo insinuado por San Juan (Ev. 4, 13), cuando dice el Señor: *todo el que bebe de esta agua, tendrá otra vez sed*, significándose en el agua los bienes temporales: y esto porque la insuficiencia de estos se conoce más, cuando se tienen, lo cual revela claramente su imperfeccion y que no consiste en ellos el sumo bien.

ARTÍCULO II. — Consiste la beatitud del hombre en los honores?

1.º Parece consistir en los honores el supremo bien del hombre: porque la beatitud ó felicidad es premio de la virtud, segun dice Aristóteles (Ethic. I. 1, c. 8); y el honor parece ser el mayor premio de la virtud en sentir del mismo (Ethic. I. 4, c. 3): luego la beatitud consiste principalmente en el honor.

2.º Lo que conviene á Dios y á los seres más escelentes, eso debe ser la beatitud, que es el bien perfecto: tal es el honor segun Aristóteles (Ethic. I. 8, c. 14, y I. 4, c. 3); y el Apóstol (1 Tim. 1, 17) dice: *á Dios solo sea honra y gloria*: la beatitud pues consiste en la honra.

3.º Aquello, que es más deseado por los hombres, es la beatitud: y nada aparece más deseable para los hombres, que la honra; siendo cierto que aceptan cualquier menoscabo en todo lo demas, á trueque de no sufrir alguno en su honra: esto prueba que la felicidad suprema consiste en el honor.

Por el contrario: la beatitud está en el bienaventurado; al paso que el honor no está en el que lo recibe, y sí más bien en el que lo tributa al que es por él honrado, como dice Aristóteles (Ethic. I. 1,

que « nadie es digno de Dios, si no las menosprecia », y (ep. 68) que « las mayores consisten en no desearlas »: y Tulio (*De offic.* I. 1, num. 68) enseña que « nada hay tan mezquino y pusilánime (*parvi animi*) como el amarlas, ni más honesto y magnífico que el desprecio del dinero ».

(4) *Moderatum ó dispositum* segun unas ó otras ediciones.

(5) *Pecuniá* unos, otros *pro pecunia*.

(6) *Primerio* segun otros.

(7) *Ipsa*; mas algunas ediciones ponen en vez de esa palabra esta otra *tempore* (con el tiempo).

c. 5): así pues la beatitud no se cifra en la honra.

Conclusion. *Es imposible que la beatitud consista en la honra.*

Responderémos, que *es imposible que la beatitud consista en la honra*. Dispénsase á alguien el honor á causa de alguna escelencia del mismo, y como señal y testimonio de esa noble cualidad, reconocida de algun modo en el que es honrado; y la escelencia del hombre se aprecia sobre todo en relacion con su felicidad suprema, que es su perfecto bien y segun lo parcial de éste, es decir, por consideracion á aquellos bienes, que son en cierto modo participacion de la beatitud. Segun esto el honor puede ciertamente ser consecuencia de la beatitud; no empero consistir esta en aquel principalmente.

Al argumento 1.º dirémos que la honra no es un premio de la virtud, por el cual obran los virtuosos; sino que la reciben de los hombres á calidad de recompensa, como de quienes nada mayor tienen que darles. Pero el verdadero premio de la virtud es la beatitud misma, por cuyo logro obran los virtuosos: tanto es así que, si obrasen por el honor, ya no habría en ellos virtud, y sí ambicion.

Al 2.º que la honra es debida á Dios y á las criaturas más escelentes en testimonio y reconocimiento de la escelencia preexistente, y no porque el honor mismo los constituya en tal escelencia.

Al 3.º que del natural deséo de suprema felicidad, de la cual es resultado el honor (como queda espuesto) proviene el que los hombres deséen más y más el honor: y por eso prefieren ser honrados por los sabios, cuyo dictámen les hace conceptuarse escelentes ó felices.

ARTÍCULO III. — La suprema felicidad del hombre consiste en la fama ó gloria?

1.º Parece que la beatitud del hombre consiste en la gloria: porque la beatitud parece consistir en aquello, que se otorga á los Santos en retribucion por las tribulaciones, que experimentan en el mundo; y tal es la gloria, pues dice el Apóstol (Rom. 8, 18): *no son de comparar los trabajos*

(1) Considerados en sí mismos, segun explica el mismo Santo.

(2) En lo cual se diferencia la gloria del honor, al que no

de este tiempo (1) *con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros*: por consiguiente la beatitud consiste en la gloria.

2.º « El bien es difusivo de sí mismo », como consta por San Dionisio (De Divin. nomin. I. 4, c. 4): y, pues mediante la gloria principalmente se propaga el bien del hombre, viniendo á noticia de otros; por cuanto la gloria segun San Ambrosio (Aug. in lib. 83 qq. q. 31, y más claro I. 3 contra Max. c. 13) « no es otra cosa » que la clara noticia acompañada de alabanza; síguese que la beatitud del hombre consiste en la gloria.

3.º La beatitud es el más permanente de los bienes: lo es al parecer la fama ó la gloria, puesto que por ella obtienen en cierto modo los hombres la inmortalidad, por lo cual dice Boecio (De Consol. lib. 2, prosa 7): « Parece que os perpetuais » en la inmortalidad, cuando contemplais » la fama del tiempo venidero »: así pues la beatitud consiste en la fama ó gloria.

Por el contrario: la beatitud es el verdadero bien del hombre; y la fama ó gloria suele á veces ser falsa, conforme á lo que dice Boecio (De consol. lib. 13, prosa 6): « muchos con frecuencia se » arrogaron un nombre grande en la falsa » opinion del vulgo; y qué cosa más » afrentosa puede idearse? porque los » que sin mérito para ello son aclamados, » no pueden menos de ruborizarse de sus » mismos elogios »: no está pues en la fama ó gloria la bienaventuranza del hombre.

Conclusion. *Es imposible que la suprema felicidad del hombre consista en la fama ó gloria humana.*

Responderémos, que *es imposible que la beatitud del hombre consista en la fama ó gloria humana; porque la gloria no es otra cosa que una celebridad notoria con anejo aplauso* (2) en sentir de San Ambrosio, ántes citado. La notoriedad empero es muy diversa, segun que se refiera al conocimiento divino ó al humano; pues el humano es causado por cosas conocidas, mientras que el divino es causa de ellas: por consiguiente la perfeccion del bien del hombre, que es lo

siempre acompañan los elogios populares ni aun los de los buenos y personas caracterizadas, como insinúa Ciceron (*Tuscul.* I. 3, c. 2).

que llamamos beatitud, no puede provenir del conocimiento de los hombres; antes por el contrario esta noticia procede de la beatitud de alguno, siendo en cierto modo producida por la beatitud humana misma, sea incoada ó perfecta (1). Hé aquí porqué no puede consistir la beatitud del hombre en la gloria ó fama. El bien del hombre depende, como de su causa, del conocimiento de Dios; y por lo mismo de la gloria sita en Dios depende la beatitud del hombre, conforme á aquello del Psalmista (Ps. 90, vv. 15 y 16): *lo libraré y lo glorificaré; lo llenaré de longura de días, y le mostraré mi salud*. Es también muy de notar que la opinion humana es frecuentemente errónea; y más en casos de contingencia singular, cuales son los actos humanos: por lo que la humana gloria muchas veces es falaz; al paso que, no pudiendo Dios sufrir engaño, su gloria es veraz siempre, por lo cual se dice (II Cor. 10, 18): *es aprobado aquel, á quien Dios alaba*.

Al argumento 1.º dirémos, que allí el Apóstol no habla de la gloria, que proviene de los hombres; y sí de la que viene de Dios en presencia de sus ángeles: así dice San Marcos (8, 38 y Luc. 12, 8): *el Hijo del Hombre le confesará en la gloria de su Padre delante de los ángeles de Dios*.

Al 2.º que el bien de algun hombre, que por la fama y gloria es conocido de muchos, si esta noticia es verdadera, precisamente se derivará de lo bueno existente en dicho hombre, presuponiendo por lo mismo la beatitud completa ó incoada; mas, si la tal noticia es falsa, no está de acuerdo con la realidad, y así el bien no se halla en el que es objeto de esa famosa celebridad: lo que patentiza que la fama no puede en manera alguna hacer al hombre perfectamente dichoso (2).

Al 3.º que la fama no tiene estabilidad, antes un (*simple*) falso rumor basta á perderla (3): y, áun cuando alguna vez permanezca estable, esto es accidentalmente; y la beatitud es de suyo estable á perpetuidad.

(1) Segun que el poseedor de ella sea viador ó comprensor, es decir, mortal aún ó ya glorioso en el cielo.

(2) *Beatum* en todas las ediciones sin exclusion de la romana

ARTÍCULO IV. — Consiste en el poderio la completa felicidad del hombre?

1.º Parece que la beatitud consiste en el poder: porque todos los seres aspiran á asimilarse á Dios, como á último fin y primer principio; y los hombres, que ejercen dominacion, son los que por la semejanza de potestad parecen conformarse más con Dios; tanto que en la Escritura se los llama Dioses, como es claro por el Exodo (22, 28), *no hablarás mal de los Dioses*: se ve pues que la beatitud consiste en el poderio.

2.º La beatitud es el bien perfecto; y el más perfecto de todos está en que el hombre pueda regir áun á otros convenientemente, lo cual se verifica en los que están constituidos en potestad; por consiguiente en esta consiste el soberano bien.

3.º Siendo la beatitud lo más apetecible, se contrapone á lo que más debe evitarse: los hombres huyen más que de otra cosa alguna de la servidumbre, que es lo contrario de la dominacion; luego en esta consiste la beatitud.

Por el contrario: la beatitud es el bien completo, y la potestad es sumamente imperfecta; pues, como dice Boecio (De consol. 43, prosa 5), «el poder humano» no puede sustraerse á la acerbidad de los cuidados, ni á las punzaduras del recelo; y más adelante: «¿tienes por poderoso al que vive por todos lados rodeado de guardias, que más los teme que los aterra?» No consiste pues en el poder la beatitud.

Conclusion. *Es imposible que la bienaventuranza consista en el poder.*

Responderémos, que es imposible que la beatitud se cifre en el poderio, por dos razones: 1.ª porque la potestad tiene razon de principio, como consta (Met. I, 5, 17), al paso que la beatitud tiene razon de último fin; 2.ª porque el poder se relaciona con el bien y con el mal, miéntras que la beatitud es el bien propio y perfecto del hombre: y así más bien podría consistir cierta beatitud en el buen uso del poder, mediante la intervencion de la virtud, que no en el poder mismo.

moderna, llamada áurea; y solo en la antigua se lee *bonum*.

(3) Por cuya razon dice Boecio que «ni áun la juzga digna de mencion».

Pueden además aducirse cuatro razones generales, para demostrar que la beatitud no consiste en ninguno de los antedichos bienes exteriores. 1.ª Que, siendo la beatitud el sumo bien del hombre no es compatible con mal alguno, y todos los objetos espuestos lo mismo pueden hallarse en los buenos que en los malos. 2.º Que, debiendo ser la beatitud suficiente por sí misma y segun su nocion propia, como es evidente (Ethic. I, 1, c. 7), es indispensable que, obtenida ella, ningun bien necesario falte al hombre; y con la posesion de cada uno de los sobredichos bienes cabe muy bien en su poseedor la carencia de muchos otros, tales como la sabiduría, la salud corporal y semejantes. 3.ª Que, pues la beatitud es un bien completo, de ella no puede provenir mal alguno á quien la posea; lo cual no es aplicable á dichos bienes, toda vez que es cierto lo que dice el sabio (Ecl. 5, 12): *las riquezas son guardadas á veces para mal de su dueño*; y lo propio es notorio respecto de los otros tres. 4.ª Que el hombre está conformado para la suprema felicidad por principios interiores, puesto que naturalmente se ordena á ella: y las cuatro cosas repetidas más bien proceden de causas exteriores y las más veces de la fortuna, que áun por eso se dicen bienes de fortuna: es pues de toda evidencia que en ninguno de esos cuatro bienes puede consistir la beatitud.

Al argumento 1.º dirémos, que el poder divino es su bondad; por lo cual no puede usar de él sino bien, y no sucede lo propio en los hombres: así pues no basta para la beatitud que el hombre se asemeje á Dios en cuanto al poderio, si no le es también semejante en la bondad.

Al 2.º que, así como es muy bueno que alguno haga buen uso del poder en la gobernacion de muchos; así por el contrario es pésimo el abuso: de manera que el poder lo mismo se presta al mal que al bien.

(1) Entendiéndose por salud la conservacion del cuerpo; pues, si solo se trata de su integridad, el estar sano constituye un requisito únicamente accidental á la vida.

(2) Que segun los naturalistas llega á vivir 120 ó 200 años por término medio y algunos segun Plinio hasta los 300, así como las cornejas pueden vivir 500 en opinion de muchos. No faltan (sobre todo entre los modernos y sistemáticos impugnadores del relato mosaico) quienes pretenden haber demostrado que los años, de que se trata en el cómputo del Génesis,

Al 3.º que la dependencia servil es un obstáculo al buen uso del poder; y por eso los hombres la esquivan naturalmente, y no en verdad porque en el poder humano consista la suprema ventura.

ARTÍCULO V. — Consiste en algun bien del cuerpo la beatitud del hombre?

1.º Parece que la bienaventuranza del hombre consiste en los bienes del cuerpo; pues dice el Eclesiástico (30, 16): *no hay renta que valga más que la salud del cuerpo*: lo cual prueba que, pues en lo mejor de todo consiste la beatitud, está en la salud corporal.

2.º San Dionisio dice (De divin. nomin. c. 5) que «el ser es mejor que vivir, y vivir mejor que otros bienes anejos á la vida». Ahora bien: para ser y vivir el hombre, requiérese la salud (1) del cuerpo; siendo pues la beatitud el mayor bien del hombre, síguese que la salud del cuerpo es lo que principalmente constituye la beatitud.

3.º Cuanto más comun es una cosa, tanto más elevado es el principio de que depende, puesto que en proporcion de la mayor alteza de la causa se estiende á más su eficacia: y, así como la causalidad de la causa eficiente se estima en razon de su influencia, así la causalidad del fin se aprecia por el apetito: esto demuestra que el último fin es aquello que todos deséan, del propio modo que la primera causa eficiente es la que más influye en todas. El ser mismo es lo que deséan todos: luego en lo relativo al ser del hombre, cual es la salud del cuerpo, es en lo que principalmente consiste la beatitud.

Por el contrario: por razon de la beatitud supera el hombre en escelencia á todos los demas animales; en cuanto á los bienes corpóreos le aventajan muchos de ellos, como el elefante (2) en la longevidad, el leon en la fortaleza, y el ciervo en la rapidez de su carrera: la beatitud

eran de unos tres meses ó quizá ménos: deduciendo de ahí que la ponderada longevidad de los antiguos patriarcas no escedía á la vida algun tanto dilatada de los que hoy mueren á los 90 ó 100, que no son tan raros como se cree generalmente; como si, por ejemplo, dijésemos de un hombre de 50 años que cuenta ya de vida 600 meses: ó al modo que nos parece al pronto un gran caudal el de 50 contos de reis ó un capital inmenso el de un millon de maravedis. No es de nuestra incumbencia ni lo conceptuamos necesario ni áun oportuno